



**Universidad Nacional De Rosario
Facultad De Psicología**

Modalidad: Investigación

Bibliográfica Trabajo Integrador

Final

**Comienzo por el
amor... La transferencia en
las psicosis**

Autora: Quiroga, Eugenia

Legajo: Q-5006/7

Docente responsable: Mg. Zanon, Adriana

Agradecimientos

A la Facultad de Psicología y sus grandes docentes, por abrirme sus puertas y alojarme desde el primer momento con este gran deseo.

A mi familia que es el sostén y el acompañamiento de mi carrera, y de mi vida entera. A mi analista, por su inigualable sentido del humor, la precisión de sus palabras y la transmisión de la práctica.

A Leo, que apareció en el momento preciso para darme la mano y caminar juntos hacia este cierre, lleno de comienzos y de amor.

Resumen

La presente investigación bibliográfica aborda la demanda y la transferencia en la clínica con las psicosis. Tomando como puntos de partida la formulación de Freud en relación a la imposibilidad del dispositivo analítico frente a la estructura psicótica, y la indicación lacaniana de un tratamiento posible con ellas, se consideran las particularidades de demanda y de la transferencia en las psicosis en los textos de Allouch, Broca, De Batista, Leibson, Miller, Maleval, Soler y Quinet. Se aborda la

noción de erotomanía como uno de los modos de transferencia en las psicosis, y la noción secretario del alienado formulada por Lacan como una de las posiciones del analista frente al trabajo con las psicosis. Se esboza la forclusión como mecanismo propio de las psicosis, y se postulan encuentros y desencuentros entre las psicosis y neurosis en lo que refiere a la transferencia y el dispositivo analítico. Las diversas estructuras deben construir modos singulares de hacer con lo que no hay, frente al agujero simbólico, la castración, la forclusión del significante del nombre-del-padre. Las psicosis encuentran un lugar en el psicoanálisis que los aloja desde la escucha (sin el mote deficitario o de locura sin tratamiento posible), haciendo válida su palabra, su decir, y acompañando y/o sosteniendo algún intento de estabilización, sea a través del delirio del arte o del amor. Finalmente se concluye un tratamiento posible y un quehacer propio del analista con el saber y la “certeza” propuesta por el psicótico, a través de una escucha ética y el apuntalamiento subjetivo.

Palabras claves Demanda, Transferencia, Psicosis.

Índice

1. Caratula.....	1
2. Agradecimientos.....	2
3. Resumen y Palabras Claves.....	3
4. Índice.....	4

5. Título.....	5
6. Planteamiento del problema.....	6
7. Objetivos generales y específicos.....	8
8. Exposición del material objeto de la revisión	
8.1. Acerca de la forclusión.....	9
8.2. Erotomanía.....	11
8.3. El psicótico que no retrocede.....	12
8.4. El quehacer del analista.....	15
9. Conclusiones finales.....	18
10. Referencias bibliográficas.....	19

Planteamiento del problema

Este escrito tiene como eje fundamental pensar las psicosis en su relación con uno de los conceptos fundamentales del psicoanálisis como es la transferencia. La transferencia pensada como amor, en lo que refiere a la clínica con las psicosis. Para abordar la transferencia partiremos de Freud, creador del psicoanálisis en tanto dispositivo clínico que pone en juego la palabra de modo transferencial en el atravesamiento de una cura. El espacio analítico se inaugura allí donde el analista es tomado como objeto de amor. Por ende, el psicoanálisis es en esencia una cura a través del amor, es una experiencia cuyo eje y resorte es el amor. Es ese amor inconsciente que el paciente dirige a su analista, lo que se nombra como transferencia. Ese amor pasado y redivivo de los padres que aparece y hace circular la palabra del analizante diciendo siempre un poco más de lo que quiere decir, suponiéndole al analista un saber hacer.

Tanto Freud como Lacan consideraron a la transferencia como uno de los conceptos fundamentales del dispositivo psicoanalítico. Pero en lo que refiere a la transferencia en las psicosis y al trabajo psicoanalítico con ellas nos encontramos con dos concepciones diferentes.

Freud (2011) desautorizaba la cura analítica en las psicosis, ya que cuestionaba la existencia del deseo y la posibilidad de transferencia en esta estructura. Sin haber

dejado, por esto, de reconocer y señalar en diversos textos el papel restitutivo del delirio en las psicosis. Ya nos había advertido y enseñado Freud en “Puntualizaciones psicoanalíticas acerca de un caso de paranoia” que el delirio no es producto de la enfermedad sino que posee en sí mismo un papel restitutivo, como forma de sujeción psíquica y como intento de restablecer el lazo social con el otro.

Es Lacan (2008) quien entra al psicoanálisis por la puerta de la locura, a partir de su tesis de doctorado en el año 1932 titulada *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, y a través de las presentaciones de enfermos, que surgen como un modo de responder a la cuestión transferencial. Haciendo hincapié en lo que el psicótico tiene para decir, su palabra y su síntoma tienen un lugar central en las presentaciones que llevaba a cabo. De este modo se comienza a complejizar la posición del sujeto psicótico, dando lugar a lo que el psicótico tiene para enseñarle al psicoanálisis y haciendo posible un trabajo psicoanalítico.

La transferencia es condición de un análisis, es el motor dinámico del dispositivo analítico. La transferencia implica suponerle un saber al otro, en este caso al analista, se le supone al analista un saber hacer con la función de la palabra.

Ahora bien, las psicosis nos muestran una relación particular con el saber, siendo el psicótico el que tiene el saber y no el Otro, a diferencia de lo que nos enseñan las neurosis. Esto nos lleva, en primera instancia, a pensar sobre la demanda de análisis en las psicosis, considerándola a partir de Lacan (2007), como demanda de amor, es decir, dirigida a Otro y más allá de la necesidad. Nos preguntamos ¿cómo es posible que el psicótico no retroceda ante el análisis?, O mejor dicho, ¿cómo explicarnos el hecho de que formule una demanda de análisis y no retroceda ante esto? De esta manera, se invierte así la posición tradicional que coloca al psicoanalista como aquel que no retrocede ante las psicosis.

La demanda no es demanda de objeto, sino de respuestas. Es una manifestación del sujeto que espera y busca una respuesta. No retroceder ante las psicosis significa que toda demanda de análisis es digna de ser considerada y tomada en serio. Toda demanda, sea quien sea quien la enuncie. Toda demanda exige al analista ofrecer la escucha y un posible tratamiento.

Por lo cual, si planteamos que de lo que se trata en la experiencia analítica es de suponerle un saber al analista, podemos decir que las psicosis nos invitan a pensar otro

6

modo de abordaje clínico por lo menos en lo que refiere a la transferencia. ¿Qué tiene el psicoanálisis para ofrecerle, en el tratamiento de la cura, a las psicosis? Partiendo de estrategias que se sostienen en el marco del psicoanálisis frente al tratamiento con las psicosis, sostenemos que el funcionamiento del dispositivo tendría particularidades. Para esto, tomamos como referencia indiscutible a Freud y a Lacan, pero ampliamos con psicoanalistas contemporáneos como Allouch, Broca, De Battista, Maleval, Miller y Soler, que nos acercan a dicha clínica para intentar responder a nuestros interrogantes. Reconocemos también que el psicoanálisis se apoya en la semiología psiquiátrica, pero es importante diferenciar la escucha y la posición del analista. Sobre esto Julieta de Battista (2015) nos dice “no se trata entonces de orientarse por la localización de signos fenomenológicos de un supuesto proceso mórbido, sino por la escucha de las posiciones subjetivas del ser que no pueden reducirse simplemente a una enfermedad o a una anormalidad.” (p. 84)

Objetivos

General

- Investigar en los desarrollos teóricos de Allouch, De Battista, Broca, Maleval Miller, Leibson, Soler y Quinet el modo en que se formula la demanda de análisis en las psicosis.

Específicos

- Discernir algunas diferencias en lo que respecta a la transferencia en las neurosis y en las psicosis.

- Profundizar sobre la transferencia en la clínica con las psicosis.
- Desarrollar los posibles lugares para el analista y su quehacer en lo que refiere a dicha clínica.

8. EXPOSICIÓN Y ANALISIS DEL MATERIAL OBJETO DE LA REVISIÓN

8.1. Acerca de la forclusión

Freud (2011) en “Neurosis y psicosis” define a la psicosis como producto de una perturbación de los vínculos entre el yo y el mundo exterior, diferenciándola de las neurosis, que son producto de un conflicto entre el yo y el ello. Además, cuestiona la existencia del proceso de represión en dicha estructura, por lo que comienza a utilizar el término *verwerfung* como mecanismo específico psicótico, análogo al de la neurosis. Describe este mecanismo como una forma de defensa más eficaz y más enérgica que la que opera en las fobias y obsesiones, es decir, en las neurosis, las cuales utiliza de

referencia para luego diferenciarlas. Esto nos muestra Jean Claude Maleval (2002) en su escrito "La forclusión del nombre del padre", cuando cita a Freud:

Esta consiste en que el yo rechaza (verwirft) la representación insoportable al mismo tiempo que su afecto, comportándose como si la representación nunca hubiera llegado hasta el yo, posee la propiedad de suscitar una psicosis, en este caso una "confusión alucinatoria" ilustrada por la observación de una joven que, creyendo equivocadamente ser correspondida en su amor, empieza a alucinar la presencia del ser de sus pensamientos. (p.37)

Desde la perspectiva lacaniana, cuando hablamos de neurosis hablamos de un sujeto barrado -es decir barrado por la barra que divide al sujeto inconsciente del sujeto consciente-, marcado por la castración y atravesado por la falta, con la represión como mecanismo característico de esta estructura psíquica. La falta neurótica es lo que le permite posicionarse como deseante, pero su deseo se le presenta de manera incognoscible e inaccesible, ya que el deseo es el deseo del Otro y no hay objeto predeterminado que lo colme. Por esto dice Lacan (2015) en *El Seminario 10 La angustia*, que el deseo es sin objeto. El neurótico es un sujeto dividido entre el enunciado y la enunciación, entre lo que dice y lo que quiere decir, entre la palabra vacía y la palabra plena, escindido en instancias psíquicas y todo eso por el hecho de estar atravesado por el lenguaje, es decir por tratarse de un hablante ser. En la neurosis pensamos la constitución subjetiva con sus dos procesos necesarios e intrínsecos a la misma, conocidos como alienación y separación. La operación de alienación-separación viene a dar cuenta de la relación del sujeto con el Otro. Es en el Otro donde el sujeto localiza el sentimiento de sí, entendiendo al Otro como la estructura del lenguaje, como tesoro signifiante. El sujeto pondría a operar su propia falta para responder a la falta en el Otro, proponiéndose como objeto para esa falta, esta articulación sería lo que propiciaría el movimiento de la separación.

Desde el campo del psicoanálisis se piensa a las psicosis como fijadas a la alienación como primer momento, es decir, sin haber podido establecer una separación o corte respecto del Otro, y ubicamos a la preclusión o forclusión del signifiante Nombre del padre como mecanismo específico inherente a las psicosis. La forclusión del Nombre del padre implica que la castración no ha sido simbolizada, es decir, es una falta de signifiante, siendo una de las consecuencias de esto la no extracción del objeto, ya que del paso por el campo del Otro se daría la caída del objeto, que nos lleva a la reconocida frase de Lacan (2011) en la que se enuncia que el psicótico tiene el objeto en el bolsillo.

Además, la falta radical del signifiante Nombre del padre tiene efectos a nivel del goce. Podemos empezar a pensar, a partir de esto, que las psicosis tienen una relación particular con el Otro, los objetos y el goce.

Lacan define (2011) en su escrito "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", llevado adelante durante el año 1966, a la forclusión:

La verwerfung será pues considerada por nosotros como preclusión del signifiante. En el punto donde, ya veremos cómo, es llamado el Nombre-del-padre, puede pues responder

9

en el Otro un puro y simple agujero, el cual por la carencia del efecto metafórico provocara un agujero correspondiente en el lugar de la significación fálica. (p.534)

Antonio Quinet (2016) en *Psicosis y lazo social* dice al respecto:

El diagnóstico estructural solo puede ser buscado en el registro simbólico donde están articuladas las preguntas fundamentales del sujeto (sobre el sexo, la muerte, la

procreación, la paternidad) al momento de atravesamiento del complejo de Edipo. Es a partir de lo simbólico, entonces, que se puede hacer un diagnóstico estructural por medio de los tres modos de negación del Edipo, correspondientes a las tres estructuras clínicas. (p.17)

Entonces, la forclusión es uno de los modos de negación del Edipo, de la castración, no solo en el sentido de no querer saber nada de eso, sino de poner en cuestión su existencia. A través de este modo de negación es que podemos explicar los fenómenos alucinatorios y el delirio psicótico, siendo estos la expresión del retorno de lo forcluido.

Tanto la esquizofrenia como la paranoia (dos de los tres tipos clínicos de las psicosis descriptos por la psiquiatría clásica y considerados por Freud) se caracterizan por la forclusión del Nombre-del-Padre en el campo del Otro. Teniendo en cuenta que el significante Nombre del padre funciona como organizador en torno al sentido y al goce, la falta de inscripción fálica, debida a la forclusión del significante Nombre del padre, torna bastante complicada la relación con el objeto amoroso y con el otro sexo. Es decir, el psicótico se encuentra a la deriva en lo que refiere al tratamiento del goce y del sentido y esto necesariamente se ve traducido en dificultades en la relación con el Otro y con el lazo social.

Jean Claude Maleval (2002) define la *verwerfung* como un rechazo de saber, diferenciándola por completo de la represión, siendo una exclusión más pronunciada que esta. Pero también advierte sobre la reducción y el condicionamiento que produce a la hora de pensar teóricamente y abordar la dirección de la cura, el hecho de hacer de la forclusión del Nombre del padre el principio y el fin en lo que refiere a la estructura de las psicosis. La forclusión de este significante debe orientarnos para pensar clínicamente y trabajar sobre las consecuencias que esto produciría, por ejemplo, en lo que refiere al modo de relación con el Otro, los otros, a la economía del goce, al deseo y al amor, y a partir de esto, poder rescatar los modos y las creaciones de soluciones singulares.

Entonces, el psicoanálisis plantea a la forclusión como mecanismo propio de la psicosis, que tiene como unos de sus efectos o consecuencias la no extracción de objeto. La pregunta que nos formulamos es: ¿Si no hay extracción de objeto, qué buscaría el psicótico a través del encuentro con el analista? La afirmación de que el psicótico tiene el objeto a en el bolsillo, puede llevar a confundirse con que, por esto, no hay demanda. Leibson (2015) dice:

Si el analista es el que hace semblante del objeto a, y si según lo citado, el psicótico tiene el objeto a en su bolsillo, entonces el analista ¿tendría que ubicarse en ese "bolsillo"? o sea, la posición del analista frente a la psicosis ¿sería algo como quedar metido en el "bolsillo del psicótico"? obviamente, esto no es lo mismo que pretender meterse al psicótico en el bolsillo, lo cual sería una pretensión inútil. (p.32)

En referencia a la no extracción del objeto a en las psicosis, Quinet (2016) dice: "el loco es un hombre libre por excelencia, porque no precisa del Otro para causar su deseo, puesto que lleva el objeto a en el bolsillo" (p.32) Y entonces nos preguntamos, ¿De dónde parte la demanda de análisis en las psicosis? ¿Qué lazo pueden armar y anudar un analista y un psicótico? ¿En qué lugar ubicaría al analista? Una de las respuestas a esta pregunta la formula Lacan a través de la noción de erotomanía de transferencia, como una relación específica con el Otro.

8.2. Erotomanía

“Ser calumniado y quemado en el fuego del amor con el cual trabajamos son los riesgos del oficio”. (Freud, 2012, p.238)

Lacan siguió el método clínico de Freud: el estudio de un caso de paranoia de autocastigo. Su paciente, denominada por él con el seudónimo Aimée (amada), presentaba una erotomanía: estaba segura de ser amada y dispuesta a llegar al asesinato para salir de su *impasse*. En el caso Aimée, Lacan vuelve sobre los pasos de Freud, para quien el amor no parte del Otro sino del narcisismo.

Lo que en el neurótico se formula como una pregunta y una demanda en relación al deseo del Otro, “*Che vuoi?*” (podemos traducir esta pregunta del latín como: “¿en qué lugar me espera el Otro?”), en las psicosis se instalaría al modo de una cierta “certeza” en tanto que el sujeto sabe que eso que le pasa, el dictado de las voces, le concierne: me ama, el Otro me ama. Esta sería la lógica que funciona en la erotomanía, uno de los conceptos para pensar la relación con el otro y el amor en las psicosis. Erotomanía es un término heredado de la clínica psiquiátrica clásica, que progresivamente fue aislado como entidad nosográfica en el campo de las paranoias.

Al igual que la histeria, la erotomanía no es exclusiva de las mujeres, aun cuando se emparente con la posición femenina en el amor. Todo esto nos lleva a preguntarnos si no es desde una posición femenina como el hombre se experimenta en la erotomanía. En todo caso Schreber lo testimonia elocuentemente. La erotomanía indicaría pues el momento del empuje-a-la-mujer en la psicosis. (Broca, 1985, p.122)

Nada muestra con mayor claridad la fuerza del narcisismo que la clínica de las psicosis, psicosis que en ocasiones Freud designaba con la expresión “neurosis narcisista” o “psiconeurosis narcisista”. El planteo de Freud (2011) es que en las psicosis se produce un estado de narcisismo primario, se resignan las investiduras de objeto y hay un extrañamiento del mundo exterior. Apreciamos el modo de expresión formulado por Colette Soler (2008): “El primer partenaire de la libido es la imagen narcisista” (p.194). Pero acá el psicótico nos enseña que no solo el primer partenaire de la libido es el narcisismo, sino el único. Sentando otra posición, y retomando a Lacan, Allouch (2015) dice que “el autoerotismo no es estar vuelto hacia sí, sino tiene que ver con el desorden de los pequeños a. El autoerotismo es pues cuando uno falta de sí, no hay allí nada de auto, siendo precisamente lo que se produce cuando no hay auto”.

Parecería que son dos posturas diferentes al respecto: el replegamiento de las investiduras que quedarían estancadas en el yo, según Freud, no tendría un destino tan asegurado, ya que reinaría el desorden de los pequeños a, de la imagen propia y hasta del yo, según Lacan y Allouch. Ambas posturas nos presentan obstáculos a la hora de pensar el amor, ya sea por la fijación en el narcisismo primario, siendo su partenaire la propia imagen, o por el desorden y desintegración de la propia imagen y del yo. Pero sostenemos que no se trata de posturas diferentes sino que refieren modos de estructuración distintos dentro de las psicosis: por un lado, las investiduras libidinales estancadas en el yo sería lo que ocurre en la paranoia, siendo el desorden de los pequeños a y la desintegración de la imagen características propia de la esquizofrenia.

Una de las preguntas que surge a partir de esos diferentes planteos es: ¿El sujeto psicótico ama un Otro tan Otro que no puede encarnarse en una persona? ¿De qué amor podemos hablar en las psicosis? En palabras de Miller (2010), “en las psicosis, el amor está inseparablemente ligado a la figura del ideal del yo del sujeto, que cobra una fuerza tan grande que acaba por sustituir al otro real, reducido a una figura ideal” (p.10). Podemos pensar que a esto se refieren los diferentes autores con amor muerto y/o estático, ya que no se encarna en otro. La lógica del amor psicótico parece estar

ligada de modo directo al ideal del yo.

11

Miller en su libro *El amor en la psicosis* formula algo pertinente para pensar la erotomanía como uno de los modos transferenciales de las psicosis, que extrae de reflexiones de su lectura del testimonio de Daniel Paul Schreber, publicado bajo el título *Memorias de un enfermo nervioso*, publicado en 1902:

Lacan muestra que, en el caso del presidente Schreber, comunicado por Freud, el sujeto construye su delirio en torno de una erotomanía divina en la cual él es el amado de Dios. Y señala entonces que dicha erotomanía divina bordea el agujero que ha abierto en el sujeto el rechazo del símbolo de una figura más modesta del Otro: el padre. (Miller, 2010, p.10)

A diferencia de lo que acontece en la relación amorosa neurótica, como el mismo autor lo dirá a continuación:

En la relación amorosa neurótica el amor sólo puede plantearse en ese más allá en el cual renuncia a su objeto. El sujeto elige a otro que, portador de un rasgo ideal, es impulsado de tal forma a un lugar ideal, ordenado en lo simbólico por el nombre-del-padre. Al regirse por ese lugar I (A), el sujeto a cambio recupera una imagen digna de amor de sí mismo i(a) yo ideal. De ese modo el amor es narcisista, recíproco pero no simétrico. (p. 184)

Y luego agrega:

El amor en la psicosis es en ocasiones un modo de suplencia, apenas un anudamiento, porque falta el semblante para actuar como cuarto anillo, se trata más bien de un mantenerse unido, con lo que Lacan llama en "la instancia de la letra" una metáfora moderna, una metáfora que no satura ni sutura el sentido. (p.212)

Es decir que puede suceder que él tome al Otro, al analista, como objeto, como gran Otro, como rival, perseguidor. El delirio toca al analista, lo envuelve, lo incluye, por lo cual de nada sirve resistirse a ese discurso, no se trata de delirar con él ni de desacreditar su certeza delirante. Formar parte del delirio psicótico, siendo el testigo y secretario de los modos de padecer del sujeto, la da la ventaja al analista para el uso de transferencia en el tratamiento.

La erotomanía nos demuestra que el psicótico se posiciona como objeto del goce del Otro (bajo el signo del amor), un Otro que lo posee y lo utiliza como instrumento anulándolo como sujeto. Este puede ser uno de los posibles lugares para el analista, convirtiéndose así en el perseguidor y acosador dentro del delirio psicótico. Por lo cual creemos necesario que el analista esté marcado por un menos, que se muestre agujereado, flexible, con interrogantes. Que sea un Otro que pueda volverse su interlocutor o incluso su partenaire en el delirio.

8.3. El psicótico que no retrocede

La pregunta sobre la transferencia en las psicosis insistió durante años entre los discípulos de Lacan, ya que Freud anteriormente había desautorizado la cura analítica en las psicosis, cuestionando la existencia del deseo y la posibilidad de transferencia en esta estructura.

Desde el psicoanálisis se piensa a la transferencia como el amor anudado con el saber, ya que Lacan (2008) enseñó que a aquel a quien le suponemos el saber, lo

amamos. Lacan (2008) trabaja el tema de la transferencia mediante su fórmula del sujeto supuesto saber –SsS-, y nos muestra que la transferencia no es distinguible del amor. Citamos a continuación dicho seminario:

La transferencia solo puede pensarse a partir del sujeto a quien se le supone el saber. Se supone que sabe eso de lo que nadie escapa una vez formulado, simple y llanamente la significación.

12

El sujeto entra en juego a partir del siguiente soporte fundamental – al sujeto se le supone saber, por el mero hecho de ser sujeto del deseo. Pero entonces ¿Qué ocurre? Ocurre algo que en su aparición más común se denomina efecto de transferencia. Este efecto es el amor. Es evidente que como todo amor solo se ubica, como indica Freud, en el campo del narcisismo. Amar es, esencialmente, querer ser amado. (p.261)

Entonces podemos formular que un modo de pensar la experiencia analítica es desde la articulación del amor con el saber. Pero podemos adelantar que en la clínica con las psicosis funciona un tipo particular de transferencia, ya que el analista está en posición de sujeto barrado, siendo el psicótico el que posee el saber.

La pregunta que nos hacemos es: ¿Cómo explicamos la demanda de análisis en las psicosis?

Como una posible respuesta a esto, Leibson (2015) nos dice:

En las psicosis el sujeto nos habla de algo que le habló. Por eso, el juego transferencial estará planteado de este modo. Porque la condición propiamente subjetiva del enfermo es que algo le habla en lo real y eso que le habla, además, le concierne. Y le concierne porque incluye un saber acerca del cual no hay duda posible. Ese punto de certeza que constituye la palabra que emerge de esa manera es la piedra basal de la transferencia en la psicosis, en tanto es a su alrededor que se pone en movimiento todo el sistema del significante, del que el analista puede pasar a formar parte. (p.68)

Por otro lado, encontramos en el libro titulado *Psicosis y Psicoanálisis* en un texto de Broca (1985), una formulación pertinente a la demanda de análisis que invierte la posición del psicótico como el que contiene el saber frente al analista:

La demanda de análisis proviene directamente de la forclusión del significante del Nombre del Padre. El punto de partida de su demanda de análisis es lo que yo llamaría una significación en suspenso, una significación que amenaza y se convierte en amenazante. El psicótico va a ver a un analista porque espera que este haga llevar esta significación a su término. El psicótico no es el que sabe. El fenómeno elemental al contrario de lo que creemos muestra el enfrentamiento con un real, precisamente sin mediación, sin la mediación de un saber. (p.32)

Encontramos aquí dos posiciones que difieren en lo que plantean, por un lado Leibson nos habla del saber y la certeza del psicótico; por otro lado, Broca propone que el psicótico no es el que sabe, y que busca mediante la demanda de análisis la mediación de un saber que le permita defenderse de lo real. Podemos decir: proponiendo él mismo una solución o suplencia a su padecer, y yendo al encuentro de un otro, en este caso un analista.

Por nuestra parte consideramos ambas posturas necesarias para el desarrollo de la investigación, ya que podemos pensar que el psicótico posee un saber que le concierne, pero ese saber lo anula como sujeto, siendo tomado por esa certeza inerte y absoluta como su objeto, por lo cual, demandaría análisis, porque espera que el analista sea aquel que ponga en juego un saber que medie entre él y una significación que viene a obturar todo otro sentido posible. Es decir, que algo del orden simbólico funcione como límite para el registro de lo real, que acote el goce que invade su

cuerpo. La posición del analista como secretario del alienado pone en juego un S2 que puede resultar tranquilizador e incluso socializante. Julieta de Battista (2015) refiriéndose a esto nos dice:

La presencia de los psicóticos en análisis conlleva no obstante, cierta especificidad de la demanda, que el analista produzca un significante del goce, que establezca una regulación. La transferencia presenta al psicótico un lugar de objeto de goce del analista y este puede verse tentado de ubicarse como sujeto dividido, testigo fascinado del psicótico. La maniobra consiste entonces en desalojar al sujeto del lugar de objeto

13

oponerse a ocupar el lugar del Otro gozador al producir un vaciado de goce donde el psicótico pueda alojarse. (p.98)

Colette Soler (2014) enuncia su posición frente a la demanda de análisis en las psicosis y la importancia del delirio aludiendo a un caso clínico:

La demanda de análisis se produjo al estallar el primer episodio delirante y sobre el filo de este episodio. La paciente se dirige a un analista más allá del cual esta, para ella, el nombre del analista con A mayúscula, el propio Lacan... la demanda misma esta connotada por la nota delirante y por una relación eufórica con respecto a ese otro que permanecerá largo tiempo en el horizonte del análisis. Pero se desprende poco a poco otra demanda que es un pedido de socorro. ¿De qué quiere ella que la curen? No de su delirio que la sustenta y libera de lo que ella considera como su estado nativo primero. Del estado que se quiere curar, lo dice con claridad, es de la vivencia de una falla íntima, evocada como una especie de muerte subjetiva. (p. 7-8)

El sujeto psicótico va a análisis intentando encontrar a alguien que pueda dar fe de que en su palabra hay un saber y una verdad, alguien merecedor de su testimonio. El analista a su vez debe poder ser un co-delirante, nos dice Lacan, es decir, alguien que podría delirar con el sujeto (en potencia) pero que no lo hace en acto. Si un psicótico puede demandar análisis y comprometerse en él es porque el encuentro con un padre en lo real (un padre en lo real, ya que en la psicosis ningún significante sostiene su lugar en lo simbólico), ya se produjo y desencadenó este accidente en lo que concierne a la función de la palabra. Y como ya nos enseñó Lacan, lo que no fue admitido en lo simbólico retorna en lo real.

Pero también podemos dar cuenta de que en varios casos el sujeto logra construir una suplencia al significante Nombre del Padre, sin la presencia de un analista, como lo ha hecho James Joyce, gran escritor inglés tomado por Lacan en su *El Seminario 23, El Sinthome*. Según Lacan, Joyce logra con su arte suplir esta ausencia, sin necesidad de un análisis ni un psicoanalista. Lacan no utiliza el término psicosis para referirse a Joyce, pero habla de *verwerfung*, que como ya hemos visto, está intrínsecamente ligada a la estructura psicótica, y llega a preguntarse si Joyce está loco, es decir, si la psicosis se ha desencadenado o no. En este mismo Seminario, le da al arte, al artificio escriturario el estatuto de *sinthome*, ya que es el cuarto registro que permite anudar los registros de lo imaginario, simbólico y real, ante la dimisión o carencia paterna. Esto es lo que nombra como ego corrector, o un ego de suplencia, que permite anudar los registros en el mismo punto en que se había producido el lapsus del anudamiento. Joyce logra hacerse un nombre en el lugar del Otro a través de la escritura. Esto tiene el mismo estatuto que le da Freud (2011) en *Neurosis y psicosis* al delirio:

Con relación a la génesis de formaciones delirantes, algunos análisis nos han enseñado que el delirio se presenta como un parche colocado en el lugar donde originariamente se

produjo una desgarradura en el vínculo del yo con el mundo de yo. (p.157)

Freud y Lacan coinciden y postulan que la corrección o el parche (ya sea bajo el modo de la escritura o del delirio, entre otros) se dan en el mismo lugar en que se había producido anteriormente el desenganche, aunque vale aclarar que en ocasiones se trata de un significante Nombre del padre no articulado con la función paterna, punto de almohadillado, es decir sin la función de anudamiento de los registros real, simbólico e imaginario. Aun así podemos pensar que este modo de suplir la ausencia que nos muestra Joyce es lo que permite que no se desencadene su psicosis. Esto nos lleva a la misma pregunta que Lacan se hace: ¿cómo alguien pudo apuntar con su arte a representar este cuarto término, suplir esa ausencia? ¿El analista podría conducir al sujeto a construir su *sinthome*? El hecho mismo que se hable de estabilización en torno a las psicosis, indica que la forclusión puede ser compensada, pero ¿de qué modo?

14

Postulamos así que el amor transferencial, la presencia y el lugar del analista, podrían ocupar el lugar de suplencia o de compensación.

Lacan (2011) en “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible en la psicosis” retoma lo dicho por Freud en “La pérdida de la realidad en la neurosis y en la psicosis” donde afirma que “el problema no es el de la pérdida de la realidad, sino del resorte de lo que la sustituye” (p.519). Esto nos parece fundamental para pensar el lugar del analista, como apuntalando y/o acompañando en lo que sería la construcción de la sustitución de la pérdida de realidad.

8.4. El lugar y quehacer del analista

Como dijimos anteriormente, el psicótico le habla al analista de algo que le habló, pero vale aclarar, que él no puede hacer oídos sordos ante eso que le habla, no puede rechazar eso que emerge de lo real, debe responder de algún modo, y esto lo interpela como sujeto, a esta tarea y este lugar puede venir el analista.

Lacan (2011) habla de secretario del alienado para referirse a la posición del analista en la clínica con las psicosis. Siguiendo con su propuesta, hablar de secretario del alienado tiene que ver con tomar al pie de la letra el discurso del psicótico casi como si fuera un texto. Esto implica en primera instancia, suponer un sujeto; en segunda instancia, suponer un saber en el decir psicótico, un saber psicótico. Podemos indicar que aquí la transferencia partiría del analista hacia el psicótico, siendo luego necesaria la reciprocidad de dicha transferencia, y que el estatuto de secretario no debe remitirnos a pasividad frente a ese discurso, sino a poder intervenir, preguntar, y ordenar algo de ese texto que puede aparecer como copioso, ininteligible o confuso.

Julieta de Battista (2015) nos acerca a lo que Lacan en *El Seminario 3: Las Psicosis*, llamó el secretario del alienado, considerándolo como:

El gran aporte sobre las psicosis, sobre todo en lo que concierne a la función de la escritura. En este sentido, el caso Schreber (tomado como ejemplo paradigmático) dejaba dos indicaciones precisas: por un lado el valor de la escritura en la estabilización y por el otro, el hecho de saber que el psicótico se las arregla solo para constituir una metáfora delirante. (pp. 90-91)

Por otro lado, Allouch nos refiere en su escrito de la revista *Litoral* (2015) que la especificidad de la transferencia psicótica se puede plantear con una fórmula: “el

neurótico transfiere, el psicótico plantea trasferencialmente” (párr. 38). Para explicar esto, expone el ejemplo de una paciente que dice ser Juana de Arco, pero aclara: “ella no se toma por Juana de Arco, sino, que ella es tomada (en pasivo)” (Allouch, 2015, “El llamado”, párr. 66). No se reconoce en la estatua de Juana de Arco, por el contrario, ella planea transferencialmente que los paseantes la toman por tal. Es decir que el lugar que se otorga, en realidad, se lo otorgan los paseantes. “Es en el lugar del Otro que el sujeto psicótico es tomado por” (Allouch, 2015, “El llamado”, párr. 85). Esto es fundamental a la hora de pensar la posición del analista frente a la psicosis.

Leibson sobre el lugar del analista (2015) nos dice:

De eso nos cuenta el psicótico, por eso se dirige a nosotros, público común, asamblea de los parlantes. Pero no de cualquier manera ni bajo cualquier circunstancia. Debemos hacernos merecedores de que nos hablen y nos cuenten. Debemos salir y destacarnos de esa “asamblea de los parlantes” en la cual todos los que son afectados por la palabra tienen igual estatuto, para convertirnos en aquel que puede alojar un decir extranjero e impropio pero que lucha por encontrar un lugar más allá de quien lo recibe. (p.65)

Considerar al psicótico como alguien que habla una lengua extranjera, es muy diferente a pensarlo por fuera del discurso, o alguien que no tiene nada para decir. A contraposición de otros autores, que sostienen y reivindican la posición de analista como objeto, el analista como semblante de objeto, donde no habría posibilidad de

15

intervención alguna, consideramos que la posición del analista es fundamental y su apuesta con el psicótico no puede quedar reducida a la mera escucha y escritura. Podemos precisar que la función del secretario es dividir al amo, ya que en ocasiones vemos cómo el psicótico está en el discurso como si fuera un amo. Dividirlo no implica, en absoluto, neurotizarlo, como veremos más adelante.

La práctica analítica con psicóticos queda orientada hacia una regulación del goce que posibilite la elaboración de suplencias, un abordaje que permita cierto movimiento y desplazamiento de las investiduras libidinales y del goce del sujeto. Julieta de Battista (2015) nos orienta en el modo de entender la limitación de goce:

La función de limitación del goce es la función que Freud atribuye al complejo de Edipo, reformulado por Lacan como metáfora paterna. La lógica que subyace es que la introducción de un elemento tercero exige una pérdida de goce llamada castración. Esta pérdida no es una pérdida a seca, implica una recuperación de goce a través de la regulación del mismo bajo la forma de un movimiento deseante referenciado por el falo. (p.101)

Pero también De Battista (2015) afirma que el camino de la cura por la limitación del goce es una solución paradójica:

Si nos dejamos guiar por la experiencia clínica misma encontramos que esta idea de orientar la cura hacia la limitación del goce se topa con diferentes paradojas, como por ejemplo que la cura así dirigida puede llevar a un tratamiento interminable ya que los efectos se revelan demasiado dependientes de la presencia del analista, al generar relaciones que deberían durar “toda la vida”. Tampoco queda claro como lo obtenido en el consultorio podría replicarse más allá de sus paredes en el establecimiento de nuevos lazos sociales. (p.123)

Aquí nos aparece otra pregunta sobre el quehacer del analista: ¿Cómo podría el analista acotar el goce? Apelando a lo simbólico, poniéndole palabra a ese real que retorna de manera amenazante, alucinatoria o persecutoria. Apelar a lo simbólico es también invitar y acompañar a la construcción de la historización de ese sujeto. De las

formas de tratar la confrontación con lo real, el delirio es la más reconocida y compleja. Aunque también las identificaciones imaginarias aparecen como otro modo de suplencia.

Algunos autores de la psiquiatría han postulado que hay imposibilidad de dialectización en lo que refiere al delirio. Desde el psicoanálisis, se piensa que en ocasiones producir un delirio es el modo de localizar y acotar el goce, y que es dialectizable, susceptible de entrar en el discurso y en un cadena significativa, en el campo transferencial. Ya nos había advertido y enseñado Freud en “Puntualizaciones psicoanalíticas acerca de un caso de paranoia autobiográficamente descrita” que el delirio no es producto de la enfermedad sino que posee en sí mismo un papel reconstitutivo, como forma de sujeción psíquica y como intento de restablecer el lazo social con el otro. El delirio puede servir a los fines de restituir y restaurar el sentido. Nunca hay que relegar un delirio, ya que es en sí mismo un proceso de creación. En ocasiones, es uno de los modos en que las palabras regulan el goce. El análisis debe dar lugar a la palabra y a la creación, ya sea en forma de delirio o como algún otro de los destinos de la pulsión. El delirio como modo de tratamiento de lo real del goce mediante lo simbólico. “Se trata de reintroducir el goce en una función de semblante, de reintroducirla en el discurso analítico” (Broca, 1985, p.37). Es decir, que el discurso analítico, el espacio terapéutico y/o la presencia del analista puedan moldear o acotar el goce mediante lo simbólico haciéndolo soportable. El delirio sería el modo más eficaz de acotar el goce sin hacer del tratamiento una relación de por vida, ni requerir eternamente la presencia del analista.

No hay técnica del psicoanálisis, hay un tratamiento de la cura ligada y pensada en torno al sufrimiento psíquico de cada sujeto, siempre en singular. Esto representa una

16

oportunidad para el psicótico, ya que puede encontrar en el psicoanálisis una práctica del sujeto que no lo clasifica según el modo de padecer y no le proporciona un procedimiento establecido previamente -que solo buscaría comprobar y reafirmar la teoría a través de cada cuerpo y cada sufrimiento-. El tratamiento es a medida y las intervenciones no se repiten. “Con el psicótico la transferencia es motor de cura en la medida en que permite al sujeto interrogar su goce” (Broca, 1985, p.136). Quinet (2016) en *Psicosis y lazo social* en correlación con lo planteado nos dice:

La dirección de la cura va en el sentido de estimular la historización de los fenómenos, o sea hacer al sujeto identificar en sus alucinaciones las palabras oídas provenientes del Otro, y favorecer las construcciones delirantes que le permitan circunscribir el goce. El analista puede operar como secretario del esquizofrénico en sus intentos por establecer pares de oposición significativa y promover la puntuación en su palabra para posibilitar la precipitación del sentido. (p.65)

El analista presta su presencia (en ocasiones hasta su propio cuerpo), presta la escucha, aloja libidinalmente para sostener la transferencia, interviene singularmente y se pone en lugar de partenaire del sujeto siendo un potencial co-delirante. Asimismo, el psicótico nos presta su síntoma, su delirio, sus formulaciones espontáneas, su modo singular de estar en el discurso y en el mundo. Leibson (2015) dice:

Podemos pensar que las formas de manifestarse, delirios, alucinaciones, pesadillas, acting out, incluso síntomas de apariencia neurótica, no encontrarán una tramitación del lado del analista si este pretende reducirlas exclusivamente a las coordenadas neuróticas del goce. Dicho de otro modo: si el analista no considera las posiciones propiamente subjetivas del enfermo, terminará favoreciendo los efectos de la forclusión, se pone en serie con ella. (p.39)

Antonio Quinet (2016) nos propone

considerar todos los fenómenos de los pacientes como intentos de establecimientos de algún vínculo con el otro. En este sentido, son tentativas de hacer lazo social: el delirio puede llegar a inventar otro del amor, del cual el sujeto se enamora. Los delirantes no solo aman a sus delirios como a sí mismos, sino que están enamorados del Otro y son los amados por el Otro. (p.65)

Nos parece importante cerrar este escrito sosteniendo que no hay una estructura mejor que otra, cada una tiene sus ventajas y desventajas y sus formas particulares de relacionarse con el deseo, el goce y el amor, y eso implica en sí mismo diferencias para pensar y abordar la transferencia. Dentro de cada estructura el sujeto puede posicionarse de distintas maneras. Leibson (2013) afirma: “La cura en las psicosis no consiste en transformar a un psicótico en un neurótico. Los modos de subjetividad no son intercambiables.” (p.70) y luego agrega: “El psicótico se cura por añadidura, por encontrar otro modo de estar en su psicosis.” (p.71). Añadimos, del mismo modo que lo hace un neurótico.

17

Conclusiones finales

El recorrido de este escrito tiene como fin el intento de considerar, como otros autores, la indicación lacaniana en lo que refiere al posible tratamiento en las psicosis. Se partió de la premisa de que toda psicosis que formule una demanda de análisis es propicia para el dispositivo y el tratamiento analítico. Aprendiendo teóricamente de aquellos psicóticos que no parecen precisar de este dispositivo para enmendar el agujero.

Dicho trabajo parte de la concepción del mecanismo de la forclusion como propio de las psicosis, siendo una de las diferencias estructurales con respecto a las neurosis. Una de las consecuencias de la forclusion del significante del Nombre del padre es la no extracción del objeto, lo cual nos lleva de manera directa a preguntarnos sobre el motivo de demanda de análisis de las psicosis y el posible lugar para el analista. La erotomanía aparece como un intento de respuesta a estas preguntas, siendo uno de los modos de relación con el otro y de transferencia en las psicosis.

Siendo la transferencia el amor anudado al saber, nos preguntamos sobre la particular relación que parece tener el psicótico con el saber. Mostramos dos posiciones que difieren al respecto, pero que nos permiten formular una de las conclusiones, en la que el psicótico tiene el saber pero un saber restringido a que eso que le sucede le concierne, que ha sido elegido con un propósito, pero quedando en lugar de objeto frente a esa significación absoluta. Aquí entra en juego el analista y su quehacer, teniendo que ubicarse como secretario del alienado, abriendo el sentido de

la significación, haciéndole cadena al S1 propuesto por el psicótico.

El capítulo final de la investigación arriba a una conclusión respecto a que las diversas estructuras deben construir modos singulares de hacer con lo que no hay, frente al agujero simbólico, la castración, la desproporción sexual, la forclusión del significante del nombre-del-padre. La propuesta y la invitación del psicoanálisis es que cada uno invente lo que puede frente a eso que está ausente. Cada cual hace su remiendo para su falla. Sin perder de vista que el psicoanalista también inventa y reinventa, con cada singularidad y subjetividad con la que se encuentra, y partiendo desde el hecho de que el psicoanálisis es en cuanto tal una relación artificial con el otro, relación para la cual debe estar dispuesto libidinal y transferencialmente para escuchar y alojar ese discurso del otro y para ser creativo sin tener una técnica ni teoría universal.

El psicoanálisis trabaja con la singularidad, es decir, con lo que resiste a toda teorización, por lo cual nos parece fundamental señalar el carácter artesanal de su trabajo. Todo lo que es considerado síntoma (ya sea síntoma neurótico como un lapsus, o un fenómeno alucinatorio en la psicosis) es para el psicoanálisis, sinónimo de sujeto, es la aparición de ese sujeto en un momento dado. Con esto y con la implicación del

sujeto en su decir es con lo que puedo pensar un trabajo ético clínico. La práctica clínica confronta a los psicoanalistas a posiciones singulares en las que la transferencia plantea una dinámica que propicia la escucha y el tratamiento. Esto no es de una vez y para siempre, por el contrario, es necesario que sea repensado y replanteado en cada caso y cada vez. Las psicosis encuentran un lugar en el psicoanálisis que los aloja desde la escucha (sin el mote deficitario o de locura sin tratamiento posible), haciendo válida su palabra, su decir, y acompañando y/o sosteniendo algún intento de estabilización, sea a través del delirio del arte o del amor. El psicoanálisis encuentra un gran territorio para recorrer a través de las psicosis, sus modos de estar en el mundo, de construir suplencias y de ingresar y permanecer en el lazo social.

Cabe aclarar que algunas de las preguntas han quedado sin responder, así como también han surgido nuevas en el proceso de escritura.

Bibliografía

- Allouch, J. (2015). Ustedes están al corriente, hay transferencia psicótica. Recuperado en: <https://unoaunoblog.wordpress.com/2015/08/28/ustedes-estan-al-corriente-hay-transferencia-psicotica-jean-allouch/#:~:text=Los%20integrantes%20de%20unoaunoblog%20agradecen,Free%20le%20neg%C3%B3%20esa%20posibilidad.>
- Broca, R., Laurent, E., Miller, J.-A., Rabinovich, D. S, y AAVV (1985). *Psicosis y psicoanálisis*. Buenos Aires: Manantial.
- De Battista, J. (2015). *El deseo en las psicosis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Freud, S. (1991). "Puntualizaciones psicoanalíticas sobre de un caso de paranoia descrito autobiográficamente (Caso Schreber)" en *Obras completas XII* (pp. 1- 76). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2011). "Neurosis y psicosis" en *Obras completas volumen XIX* (pp. 153-159). Buenos aires: Amorrortu.
- Freud, S., & Jung. C.-G (2012). *Correspondencia*. Madrid: Trotta Editorial. Maleval.

J.-C, (2002). *La forclusión del Nombre del padre, el concepto y su clínica*. Buenos Aires: Paidós.

Miller. J.-A, (2010). *El amor en la psicosis*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2008). *Seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (pp. 129-168). Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2011). "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible en la psicosis" En *Escritos 2* (pp. 509-534). Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores. Lacan, J. (2011). *Seminario 3, Las Psicosis*. Buenos Aires: Paidós. Lacan, J. (2012). *Seminario 23, El Sinthome*. Buenos Aires: Paidós. Lacan, J. (2015). *Seminario 10, La angustia*. Buenos Aires: Paidós. Leibson, L y Lutzky, J-R. (2015). *Maldecir la psicosis: transferencia, cuerpo, significativa*. Buenos Aires: Letra Viva.

Soler, C. (2008). *La maldición sobre el sexo*. Buenos Aires: Manantial.

Soler, C. (2014). *Estudios sobre las psicosis*. Buenos Aires. Manantial.

Quinet, A. (2016). *Psicosis y lazo social*. Buenos aires: Letra Viva.